

La escuela pública como espacio de resistencia a la cruel pedagogía del virus

Por Juan Pablo Robledo

Prof. de Historia- Prof. de Comunicación Social. Rosario.

I

Primeras semanas de la pandemia y al calor de las pantallas: *“Profe, no tenía datos, “Profe, no pude entregar nada porque perdí a mi mamá y no tenía ánimos”, “Profe, estoy teniendo unos problemas con la computadora y quería saber si no te podía entregar los trabajos cuando volvamos a clase.” “Profe, perdón por la tardanza del trabajo, me super costó. No entendí la pregunta tres”. “Profe, estoy haciendo tus trabajos de a poco”, “Profe, entre hoy y mañana le voy a estar mandando los trabajos”, “Profe, (...) me agarró vagancia y me colgué en hacerlos”, “Profe, (...) se rompió la computadora y comparto el celular.” “Profe, en mi casa somos cuatro personas usando una misma computadora”. “A las 12hs repartimos los bolsones de comida” “Profe, me mandaron todo junto y estoy confundido” “Profe, se me hizo un poco de lío con tantos que realizar y entregar” “Desde que empezó el aislamiento los días se me hacen largos(...) las dos primeras semanas fueron difíciles y feas, había noches que me acostaba llorando sin un por qué(...) Nunca pensé que iba a extrañar la escuela”. “ Uh profe, re copado que nos das más tiempo”. “Profe, gracias por preocuparte por nosotros”*

Estos son algunos de los mensajes que me llegaron por email y por las redes digitales en los primeros días del aislamiento social y obligatorio. Hay mensajes similares que se multiplican una infinidad de veces por los celulares de la mayoría de los y las docente que conozco. No importa ni la modalidad, ni el nivel. Explotan por todos lados mensajes de los/as más pequeños hasta los/as estudiantes de la EEMPA. Por todos lados hay cansancio, miedo e incertidumbres de que esta piedrita en el universo que es el planeta Tierra se infecte del virus mortal. En la televisión se cuentan infectados y muertos como si fueran números de la quiniela. En el noticiero del mediodía un locutor mediocre, pero efectivo pregunta: “¿Cuándo van a volver las clases?”. No se priva de inyectar más veneno y confusión. Mentira. Las clases nunca se fueron, continúan como se pueden.

Se viralizaron fotos de trabajos escolares en situaciones de vulnerabilidad social extrema, donde nunca ningún sicario mediático se anima a pisar y es ahí donde lxs trabajadorxs de la educación estamos todos los días del año. Llegan trabajos a toda hora y los grupos de WhatsApp se multiplicaron. Por grado, por curso o por materia. Llevamos en nuestros bolsillos los trabajos escolares. ¿No será mucho? Los mensajes de audios de varios minutos siempre me resultaron tediosos de escuchar. Pero ahora son necesarios. Hay que ponerle voz y rostro a quienes nos consultan.

Se viralizaron videos de Directivos trabajando en las escuelas repartiendo bolsones de comida y cuadernillos con actividades. Seguramente fue ahí donde muchos niños, niñas y adolescentes leyeron un cuento que los llevó a un planeta mejor que este. Por lo menos por un rato, por ende es mucho más valioso. A ellos y ellas gratitud eterna. La desigualdad explota donde más nos duele: en los pibes y pibas de las escuelas.

Anote señor periodista: no dejamos de trabajar, se nos quema la cabeza tantas pantallas y mensajes digitales juntos. Preferimos enseñar y aprender cara a cara, con alumnos y

alumnas que desayunen todos los días para que no se sientan mal a la mitad de la mañana. Estamos mucho más horas armando y desarmando propuestas educativas para que llegue a lxs estudiantes, respondiendo y buscando vías alternativas. Preferimos estar en el barro de la historia. Es inútil, no lo va a entender.

Se viralizaron fotos de niños y niñas con el dibujo del arcoíris con la leyenda: “todo va a estar bien”. Gracias profesoras y profesores del Nivel Primario, por el aguante. La historia va a estar en deuda con ustedes. Y con cada trabajador y trabajadora de la educación que se las ingenió para “no dejar en banda” (como dicen lxs adolescentes) justamente a sus estudiantes. Otrxs no contaba con las destrezas digitales pero la creatividad termino ganando esa batalla.

Veo una foto por las redes en que publica una docente de secundaria que dice: “Si no tienes con quién desahogarte, escribime y hablamos, porque nadie merece quedarse solo cuando el mundo se vienen abajo”. Esa profesora camina las calles poco asfaltadas antes de llegar a las escuelas donde trabaja, como las grandes mayoría de los/as docentes. El barrio, la escuela y los/as pibes. La combinación donde siempre está refugiado un mañana mejor y que nunca sale en la televisión.

II

Las postales de esperanzas y empatía vienen en cada momento de la mano de miles de docentes anónimos que no se quedan solamente en las pantallas. Que dejan lo individual para encontrarse con lo colectivo.

¿Cómo afrontamos todos estos? ¿Cómo no conmovemos ante semejante injusticias sociales? ¿En qué materia de la Facultad o el Profesorado nos enseñaron cómo afrontar una situación similar?

La ternura, dijo Fernando Ulloa, es la base ética del sujeto. Lo leí en algún momento, no recuerdo donde. La escuela y lxs docentes somos irremplazables, nuestro trabajo no se adjunta en un archivo de Classroom. Tampoco un abrazo o una de las miles de palabras de aliento que les decimos a nuestros alumnos y alumnas.

Nadie se salva solx y nadie va a volver igual después del Covid-19. Cuando todo esto termine, el día después de la pandemia, vamos a tener que reforzar más que nunca los valores y cuidados colectivos, una y mil veces. Tienen que ser el primer y último contenido a trabajar. Habrá que ensanchar más que nunca la pedagogía de la sensibilidad por que en la vereda de enfrente está el individualismo y el “sálvese quien pueda” que la meritocracia nos quiere imponer.

Estamos en una nueva relación entre escuelas, familias y estudiantes inédita en la historia sociopolítica de la educación, que todavía no está escrita en las fotocopias de las materias de la formación docente. El tele-trabajo está muy lejos de ser una inclusión educativa y es una manera de precarizar (aún más) el trabajo docente. Nadie estudio para ser docente para hacer “Home- Office” para no involucrarse con la realidad social, que duele hasta irritar los ojos de indignación.

Me da un poco de vergüenza haber leído Freire y trabajar desde las pantallas, pero es lo que hay. Tampoco “hay que dejar en banda” a los/as estudiante.

Leía por las redes a Pichón Riviere “En tiempos de incertidumbre y desesperanza, es imprescindible gestar proyectos colectivos desde donde planificar la esperanza junto a otros”. No sé si lo dijo ese autor, pero sirve. La pelea tiene que ser por un mundo mejor, desde el lugar que nos toque estar, porque los pibes y pibas lo merecen.

El día después que esta catástrofe social y sanitaria, habrá que planificar la esperanza en tiempos de extrema crueldad en todos los lugares posibles, sin posibilidades de distracción: en las aulas, en los proyectos institucionales y educativos, en cada afiche para pegar en las paredes de las escuelas, en las calles, en el colectivo, donde sea. Hay que organizarse más que nunca para vencer de una vez por todas a la pandemia del egoísmo e insensibilidad.

Nuestro trabajo no es ni mejor ni peor que otros, pero sin dudas se basa en un mañana mejor para las grandes mayorías. No nos puede dar lo mismo. Del encierro obligatorio, por lo menos en algo tenemos que salir un poquito mejor. Quiero dejar la computadora que está prendida en cualquier horario. Al principio me había puesto horarios para corregir y responder, pero no puedo, quiero responder rápido para que lxs estudiantes sientan que no nos fuimos. Que siempre vamos a estar. Hoy es viernes, por lo menos. Algunos días me duele la cabeza de tanto estar frente a pantallas, respondiendo y corrigiendo. Me llega otro mensaje de una alumna, esta vez de Sofía de Quinto año:

“Gracias a vos profe, por estar y preguntar. Cuidate”

III

Si una enseñanza nos está dejando esta catastrófica situación es que todos/as necesitamos de los otros y otras, que la solidaridad es la respuesta ante la apatía y egoísmo que el liberalismo nos intenta imponer en cada grieta que puede. La escuela es lo contrario a lo que el individualismo neoliberal propone. En la escuela, los/as estudiantes son sujetos de derecho, en el mundo cruel del neoliberalismo son objetos de consumo. En la escuela se distribuyen una enorme cantidad de conocimientos y saberes porque la educación es un derecho humano, sin importar nada más. En el mundo cruel de los especialistas del mercado, a cada instante que pasa se intenta mercantilizar las relaciones personales.

¿Se puede imaginar otros escenarios después del covid-19? Si imaginar es gratis ¿por qué no hacerlo? Imagino un regreso a las aulas con una nueva escala de valores, en la que las experiencias personales puedan ser compartidas y la comunicación sea la instancia superadora del trauma. Aulas con estudiantes que prioricen su curiosidad, su mirada crítica por sobre el consumismo que impone la sociedad de mercado. Aulas con estudiantes que cuestionen, que se resistan a aceptar verdades reveladas porque vienen de una experiencia, de una pandemia para la que no había respuestas. Aulas donde sus familiares puedan tener un trabajo digno para que tengan dinero para las fotocopias o los útiles escolares. Aulas que a pesar de ser un formato tradicional, se mixture con la rebeldía de jóvenes y nuevos docentes lectores de Freire. Aulas donde se transversalicen la Educación Sexual Integral y le den igual de importancia que el acto de la revolución de mayo. Aulas en las que a nadie golpeen por usar el color rosa o porque le gusta el fútbol. Aulas donde nadie tenga miedo a expresar sus sentimientos, porque los mismos también van a ser un contenido importante. Aulas chicas y grandes para que podamos ver películas y analizarlas con algunos autores. Imagino aulas, donde en la clase de matemáticas se formen científicos, ingenieros y médicos que descubran vacunas. Pero también aulas donde se formen con la sensibilidad de lo cotidiano militantes sociales y dirigentes estudiantiles. Personas que se irriten ante las pequeñas y grandes injusticias.

Aulas donde la precarización laboral sea parte del pasado y cada docente pueda trabajar con sus materiales y un salario digno. Imagino aulas con muchos colores y formatos. Aulas con estudiantes que se sientan verdaderamente ciudadanos/as del mundo porque esta pandemia les ha demostrado la inutilidad de las fronteras y que ningún profesor de geografía puede explicar. Aulas sin “machos ni princesas” donde futuras militantes feministas hagan de la sororidad una bandera de lucha, que encuentren que la verdadera felicidad está en compartir, en comunicar conocimientos, aprendizajes, experiencias, cultura, arte, recursos inagotables que esperamos se transformen en las nuevas riquezas del nuevo orden escolar post-pandemia.

El sociólogo Boaventura de Sousa Santos en su libro “La cruel pedagogía del virus” se refiere al contexto histórico en que tiene lugar esta pandemia remontándose a la imposición del neoliberalismo en los años ochenta, donde las lógicas del capital financiero provocó un estado de crisis permanente. Afirma el autor: *“la etimología del término pandemia dice exactamente eso: reunión del pueblo. La tragedia es que, en este caso, para demostrar solidaridad lo mejor es aislarnos y evitar tocar a otras personas. Es una extraña comunión de destinos. ¿Serán posibles otras?”* (de Sousa Santos, B. (2020:23)

Por supuesto que sí. El autor trae una pregunta (entre muchas otras) que es la del día después: ¿volver a qué “normalidad”? Si es la de continuar en un mismo estado de cosas, el coronavirus sería sólo un episodio o un prólogo de desastres mayores. Creo que nadie duda que la pandemia marca un punto de inflexión, un antes y un después en nuestras vidas.

Frente a las predicciones pesimistas no puedo más que pararme en la vereda opuesta. Es imposible estar al frente de varias decenas de adolescentes si no se tiene una mirada esperanzadora sobre el futuro. Vamos a volver a las aulas atormentados por una experiencia de la que forzosamente, quienes somos trabajadores/as de la educación, tenemos que sacar una enseñanza positiva. Porque un mañana mejor estará presente ya que es la escuela un espacio de resistencia a la cruel pedagogía de este virus tan extraño y mortal.